

## MULTANCA BUCURJCA

Una militancia política no existe en la poesía de Teillier, salvo en la forma de una simpatía solidaria con los explotados y un izquierdismo utópico—más bien nebuloso—que rehuye el compromiso político activo. La militancia política de su padre fue, en cambio, notable. “Retrato de mi padre, militante comunista” es, según Quiñones, “seguramente, el poema más divulgado de Teillier” (140): el más divulgado, al menos, por una izquierda que reclamaba una poesía comprometida en la creación, y más tarde (después del golpe militar) en la recuperación nostálgica, de la nueva sociedad que se iba a construir en Chile. Ésta no deja de ser, sin embargo, una *mala lectura* del poema, que se puede leer más bien como una desconstrucción lúrica—y trágica—de la militancia de su padre. La honradez y la constancia de éste están más allá de la duda: “Desde hace treinta años / grita ‘Viva la Reforma Agraria’ / o canta ‘La Internacional’”; “Honrado como una manta de Castilla / lo recuerdo defendiendo al Partido y a la Revolución”. Sin embargo, los “campesinos y obreros, / maestros primarios y estudiantes” que lo acompañan en los sindicatos o locales clandestinos son “apenas un puñado de semillas / para que crezcan los árboles de mundos nuevos” (MM 90-91).

La imagen del árbol y la semilla ha sido frecuente en la poesía política del siglo XX: el “árbol del pueblo” del *Canto general*, e incluso de la discola militancia parriana (“el poeta está ahí / para que el árbol no crezca torcido”), cargan el símbolo del árbol con connotaciones de esperanza social. En el texto de Neruda, la semilla representa la continuidad de la lucha popular en contra de la injusticia y la regeneración constante de los héroes del árbol-pueblo:

Aquí viene el árbol, el árbol  
de la tormenta, el árbol del pueblo.  
De la tierra suben sus héroes  
como las hojas por la savia,  
y el viento estrella los follajes

de muchedumbre rumorosa,  
hasta que cae la semilla  
del pan otra vez a la tierra.

En vez de este cielo permanentemente renovado, Teillier se refiere a lo que es “*apenas* un puñado de semillas”, sugiriendo así la futilidad de los esfuerzos de su padre. Son demasiado pocos los luchadores, demasiado débiles para cambiar los decretos de los “poderosos”.

Esta sensación de impotencia se acentúa en el contraste entre los “amigos mapuches (...) cuyas tierras se achican día a día”, y el futuro utópico que el padre les promete de un “tiempo en que la tierra / se multiplicará como los panes y los peces / y será de verdad para todos”. El tiempo “de la Revolución y el paraíso sobre la tierra”. El lenguaje religioso se presta fácilmente al discurso poético-político: pero en vez del simple préstamo—como en tantos poemas de compromiso político—de la solemnidad retórica y las promesas de salvación (en *el más acá*), aquí connota más bien una vuelta mítica al mismo paraíso perdido que se añela en tantos textos de Teillier.

Por otro lado, el poema sugiere que ha terminado la época gloriosa del Partido Comunista, en que el padre conoció a Elias Laferte y “cuando al Partido sólo entraban los héroes”. De todos modos, ese hecho mismo se concibe—¿desde la perspectiva del poeta o desde la de su padre, es decir, del hablante o del personaje?—como algo alejado de la contingencia histórica y rodeado de un aura de irrealidad o de invención cinematográfica: “lo recuerdo defendiendo al Partido y a la Revolución / sin esperar ninguna recompensa / así como Eddie Polo—su héroe de infancia—/ luchaba por Perla White”. Asimismo, cuando el hablante pide que su padre llegue a vivir en el tiempo “cuando las calles cambian de nombre / y se llamen Luis Emilio Recabarren o Elias Laferte”, no es tanto por sus convicciones sociales o políticas, sino más bien porque la “esperanza” de su padre “ha sido hermosa / como ciruelos florecidos para siempre / a orillas de un camino”. Además, la fraternidad armónica—la tierra se multiplicará y será para todos—de este tiempo deseado, remite inevitablemente al tiempo ideal de la aldea, siempre añorado por el poe-







verbo —me *guartaría*— deata una conciencia, quizá, de la imposibilidad del deseo y un reconocimiento en el hablante de su incapacidad de crear ni en mejores mundos forjados por la acción política ni, en verdad, en la vuela mítica a mejores tiempos que propuso en sus teorías lánicas. Significativamente, en este mismo poema ya se habló del aroma, como el "único brillo entre la nada y la nada", agregando en un tono de obsesión pero resignado fatalismo: "no dejes de brillar aroma" (137).

#### LA UNIDAD POPULAR

En los años de politización radical de la Unidad Popular, Teillier se mostró bastante ambivalente frente a la *práctica* revolucionaria iniciada por el gobierno allendista, tan lejana de las teorías utópicas del lenismo. El poeta fue, evidentemente, consciente de la incompatibilidad entre su concepción de la vida armónica del campo y la visión marxista-leninista de una revolución basada en la movilización del proletariado industrial. En el prólogo a su traducción de Serguei Esenin, expone esta contradicción entre poesía (lánica) y política: "la Revolución [Rusa] se desplaza política y económicamente en un sentido distinto al que esperaban Esenin y los poetas campesinos. 'El comunismo es el poder soviético más la electricidad' decía Lenin" (1973: 12). Esta incompatibilidad trasladada al contexto chileno, se asoma, sin querer, en las últimas líneas del ensayo, poniendo un punto de interrogación sobre el papel que Teillier —que se identificaba en tantos sentidos con Esenin— veía para sí mismo en la época de la Unidad Popular, que describe como "un tiempo crucial de la historia de nuestro país, en cierto modo semejante en el aspecto agrario al Octubre en el cual los campesinos esperaban oír 'cantar el gallo rojo'. Seguei Esenin en los días que vivimos es un poeta nuestro, no lo dudamos" (14). Claro: Esenin fue marginado por la Revolución, inceptado por los escritores oficiales, y terminó suicidándose.

La distancia de Teillier con respecto al Poder —en sus borracheras, su malditismo<sup>1</sup> y su "incapacidad" de escribir la poesía social (re)querida por la Unidad Popular— tenía que marginarlo, forzosamente, del camino político de Allende. En este sentido, es llamativo ver que

después, poco antes de su muerte, emparentó el "desorden" de la *Unidad Popular* con el de la dictadura pinochetista: "Nuestra salud mental fue sometida primero por unos bárbaros de izquierda y después por unos bárbaros ni siquiera de derecha: bárbaros estupidos nada más" (Olivares 106); por otro lado, el poeta se encontraba siempre en lucha contra los efectos de arrastre de polos distintos: "yo tuve que defenderme de los comunistas y de los católicos" (112).

Parte de esta defensa se ve en "El poeta de este mundo" (MM 81), un texto publicado por primera vez en la época de la *Unidad Popular*, en homenaje a René Guy Cadou. El poema hace hincapié una vez más, como hacía también la poesía social(ista), en la necesidad de la comunicación —la lucha política, insiste en la búsqueda de la armonía. Para Cadou y Teillier, la poesía "no significa nada si no permite a los hombres acercarse y conocerse", pero el papel social del poeta se retrata con imágenes que juntan el malditismo y el martirio: "sabías que también se crucifica todos los días a un poeta / (Jesús tenía treinta y tres años, / Jean Arthur también era Cristo / crucificado a los treinta y siete)". El poeta marginado, crucificado por no doblarse a las exigencias del presente, no corresponde a la imagen del poeta comprometido, consagrado como agente de cambio social. No es, por ejemplo, la imagen de Julius Fucik, poeta-mártir en la quinta sección de *Las uñas y el viento*, donde Neruda escribe: "Hace miles de años un hombre fue crucificado, / murió en su fe, pensando más allá de la tierra. / (...) / Nosotros tenemos millones de crucificados / y nuestra esperanza está sobre la tierra". El poeta crucificado de Cadou y Teillier ofrece su propio camino hacia la esperanza, desde la marginalidad: "Pero a ti no te importaba que te escupieran la cara o te olvidaran / porque como tú lo decías, nadie puede impedir a un pájaro que cante en la más alta cima, / y el poeta derribado / es sólo el árbol rojo que señala el comienzo del bosque" (MM 84).

Estos últimos versos del poema acentúan las ambivalencias. Como un árbol rojo es el título, también, de la novela biográfica que publicó Fernando Alegria en 1968 sobre Luis Emilio Recabarren, fundador del



Partido Comunista de Chile y uno de los "héros" del Partido menedeados en "Retrato de mi padre, militante comunista", procedentes de ese "noble tiempo en que todos eran pioneros, guerreros o Poetas" (CP 50). Con este noble suicida, hermanado con los escritores maritinos, Teillier apuntala la gesta utópica de su propia poesía. Sus simpatías con la izquierda, basadas en una solidaridad esencial con los "perdedores" y una visión algo burocrática de la revolución, son claras. Su participación como poeta—en la política reformista o revolucionaria de la Unión Popular fue, sin embargo, mínimo.<sup>3</sup>

#### EL GOLPE MILITAR

El corte poético impuesto por el golpe militar de Pinochet fue tajante. El peso simbólico de la muerte de Neruda, que inauguró más de quince años de dictadura, y el exilio de tantos poetas (Gonzalo Rojas, Efraín Barquero, Federico Schopf, Omar Lara, Gonzalo Millán, etc.) obligaron a un cambio radical no sólo en la escritura de éstos, sino también en la de los que seguían en Chile y sufrían la represión de la dictadura desde dentro: entre ellos, Teillier.

La poesía "lítica" respondió a la dictadura en el marcado cambio de tono de *Para un pueblo fantasma* (1978), *Cartas para reinas de otras primavera* (1985) y *El molino y la higuera* (1993). La pérdida del mundo de la infancia que atormentaba al poeta de antes, las ilusiones y los esfuerzos siempre vanos por recuperarlo, se intensifican y se desgranan durante el régimen militar. Como dice René Jara, en la poesía de Teillier "las botas militares han hecho que la modernidad empanante las aguas de su Lautaro natal" (118).<sup>4</sup> En efecto, la dictadura acelera el proceso de la irrupción tecnológica ya presente en esta poesía, pero anulándolo todo con un ambiente de terror.

<sup>3</sup> Teillier no fue una excepción en este respecto de una temática política en la poesía. Tal vez su "Incapacidad" de escribir una poesía revolucionaria haya sido en alguna medida una incapacidad generacional.

<sup>4</sup> según Edgar O'Hara: "Si ama la pérdida del campo, cambia una función descriptiva, es decir, de un objeto, inserta en el dramático epíteto, desde los últimos años de la década del setenta, hacia mediados de la siguiente una información del proceso vital en que somatiza el modelo económico de la dictadura militar" (89).

La presencia de la lucha, como tema, en la poesía teillieriana anterior —lucha entre las fuerzas naturales, entre los jóvenes amantes, y entre los boxeadores— se convierte ahora en una cuestión de vida y muerte para todos. Las imágenes se colman de una violencia sangrienta descopada en Teillier: "cuchillos y tijeras trabajan todo el día en tu corazón" (PPF 22); "las hechiceras remueven en sus calderos / la sangre de sus reinas que beben friolentas porque ningún sol cantará en sus oídos" (86); "La Virgen del Carmen / Con su sonrisa de yeso azul / Contempla su abijado / Que con los nudillos rocos / Dormita al sol atiborrado de valium 10" (63); "Mi sueño está surcado de ráfagas de metralla" (65).

Esta violencia se concreta no sólo en imágenes, sino en referencias más o menos veladas a la contingencia y en un reconocimiento frecuentemente explícito del fin de las ilusiones líticas. El fondo vital, emblemático del contexto socio-político de la época, es dramático. En palabras del poeta: "Mi padre fue condenado a muerte gratuitamente. El golpe significó para mí nunca más vuelta a Lautaro, nunca más casa natal, nunca más red de protección, nunca más universidad como era antes" (Olivárez 106).<sup>5</sup>

Los motivos de la condena, el destierro y la desaparición ya existían en la poesía de Teillier. Pero si el poeta joven antes se sentaba delante de páginas en blanco, "condenado a perseguir palabras / más difíciles de atrapar que moscardones" (CF 38), la metáfora literaria se hace repetidamente literal: el hablante vive ahora "en un tiempo donde mandan los padrastrós", y "como a Oliver Twist / se condena a los inocentes antes de ser juzgados" (PPF 103); condenados también están las gaviotas en "El pasajero del Hotel Usher" —"sus alas serán cortadas, / sometidas a la misma condena / a la que se somete al pasajero" — a la misma mutilación que sufre el "pasajero" en las "alas" de su imaginación (33). El hablante ve, también, cómo pasean por la calle principal "mis perseguidores / que me condenaron a muerte" (CR 43); y se siente "condenado a permanecer / inmóvil en este pueblo / donde entre la lluvia y la vida

<sup>5</sup> El poeta de Teillier logró escapar al exilio. En 1975, Jorge Vialó a Perú para después "no sólo a mi padre, sino a 18 personas de mi familia" (108).



hay que elegir la lluvia" (PPF 29). Esta misma condena desborda la contingencia, llegando a abarcar hasta las fuerzas cósmicas: "ni al verano le permite un último desce / antes de ser condenado a muerte" (34); y se extiende indiscriminadamente en el tiempo invernal, a lo largo de un "Viaje de invierno" por la sociedad tiranizada:

No te pregunté por la rumba de tu padre:  
el marino condenado a muerte/ el seminarista/ el  
vendedor de vinos/ el cazador/ el profesor rural. (CR 54)

El padre del destinatario del poema se ha convertido aquí en el padre de todos, símbolo de una sociedad entera que ha sido condenada, física y espiritualmente, a muerte. La comunicación con el otro se ha roto definitivamente, tanto en esta sociedad como en la escritura, ambas condenadas a la extinción:

Un día  
te escribiré una carta.  
Un día  
cuando todos los sobres sean transparentes  
y los hermanos y los parientes no sean condenados a morir  
en el exilio  
y todos vivamos en nuestro verdadero País. (CR 58)

El desierto fue otro motivo clave en la poesía de Teillier antes del Golpe: el hablante, separado de su pueblo, se retrataba como un forastero o un exiliado, mirando hacia atrás desde el ambiente enajenado de la gran ciudad. Ya en 1963 se incluía entre "los desterrados en un lugar en donde nadie conoce el nombre de los árboles" (AM 44), y luego, en el prólogo a *Muertes y maravillas*, hablaba de la ciudad "en donde vivo desterrado, sólo para ganarme la vida, sin integrarme a ella, en el repudio hacia ella"

(AM 16). Después de 1973, el exilio es doble. En primer lugar, es el exilio físico —no figurativo, sino real, literal y terrible— de sus familias: "Destierros";

Por supuesto mis hermanas y sobrinas comen empanadas los  
domingos en Estocolmo.  
Mi madre en Jarfälla escribe a los 77 años poemas sobre  
su perdido hogar de Lautaro,  
Mi padre sobre su infancia en Victoria y sigue cantando  
"La Internacional" bajo una bandera chilena. (MH 21)

Como consecuencia, el exilio espiritual que ya sentía el hablante físico se experimenta ahora de una manera infinitamente más tangible y dolorosa: "Hoy ha llegado el tiempo del desierto", dice el hablante de un poema dedicado a Antonio Machado en 1974 (PPF 123).

El motivo de la desaparición en los libros iniciales de Teillier se refiere principalmente al pasado perdido de la infancia: los "amigos desaparecidos" a los que hablaba el protagonista en 1958 (CCH 25) son compañeros de curso que murieron. Después del golpe militar, la palabra *desaparición* se carga de connotaciones siniestras: "Ya desaparecieron las muchachas entre las dunas"; "Los amigos yacen bajo el epíteto de la espuma" (PPF 34); "Quién nos devolverá los amigos muertos" (35); "Están más jóvenes quienes en la plaza hablaban de sus amigos desaparecidos o asesinados" (CR 9).

Desaparece el paraíso de la infancia provinciana, ahora doblemente perdido, y "mi hijo Sebastián me escribe que en Transivania sueña que el Conde Drácula le muestra cabezas de decapitados como los girasoles marchitos en los abandonados patios de los desterrados de la frontera" (PPF 131). "El Sur ha muerto", escribe en otro poema de 1978, y la nostalgia —la que antes fue "la sal y el agua / de mis días sin objeto" (AM 42)— ahora "dispara sus últimos cartuchos". De ahí la soledad del autor en su "última visita" al pueblo natal, en que se siente "so-litario donde nunca he estado solitario" (PPF 84).

Sin embargo, en este clima de muerte y opresión, el poeta aún







Opositor decidido contra el nuevo 'orden' impuesto por la dictadura, Teillier nunca cae en la tendencia de totalizar o dogmatizar su oposición. Los epígrafes a *Cartas para reinas de otras primaveras* son significativos en su rechazo a los 'grandes relatos' políticos de toda índole—de derechas e izquierdas—, notablemente en los versos de "The Second Coming" de Yeats, muy pertinentes en su nuevo contexto: "se ha desatado la marea oscurecida por la sangre, / y en todas partes / se ha ahogado la ceremonia de la inocencia: / los mejores carecen de toda convicción, mientras los peores / están henchidos de apasionada vehemencia" (CR 5).<sup>8</sup> Esta oposición a *todos* los dogmas se hace patente en el texto "Adiós al Führer" (27), que se despide no sólo de Hitler, sino también, aparentemente, de Castro ("Adiós a todo Führer que obligue a los poetas / a censurar sus manuscritos o mantenerlos secretos / bajo pena de mandarlos a su Isla o Archipiélago / o a cortar caña bajo el sol de la Utopía"), de Galtieri ("Adiós a todo Führer a quien no le importa perder cuarenta o cuarenta mil hombres / con tal de invadir islas pobladas por ovejas"), y seguramente de Pinochet ("a todo Führer que nos ordene sepultarnos con él / tras contemplar cómo arden las ruinas de su Imperio, / y entre tanto no deja a nadie dormir tranquilo / aunque no hayamos violado, ni robado, ni asesinado").

<sup>8</sup>Otro de los epígrafes es de Humberto Díaz Casanueva: "Al hombre / lo constituye ahora / su perplejidad".